

## 20 de marzo. III Domingo de Cuaresma

- **Éx 3, 1-8a. 13-15.** “Yo soy” me envía a vosotros.
- **Sal 102.** R. El Señor es compasivo y misericordioso.
- **1 Cor 10, 1-6. 10-12.** La vida del pueblo con Moisés en el desierto fue escrita para escarmiento nuestro.
- **Lc 13, 1-9.** Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

### 1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Si el ciclo A es más bautismal y el B más Pascual, en el ciclo del año C domina el tema de la conversión. Está ubicado este texto evangélico entre las enseñanzas que Jesús va impartiendo en el camino hacia Jerusalén, que narra Lucas desde 9, 51. Es el nuevo Éxodo, iniciado por Jesús, acompañado de sus discípulos, que formarán el nuevo pueblo, la Iglesia. Jesús advierte a la gente que aprendan a discernir los signos de los tiempos. Es en este contexto, cuando le cuentan a Jesús los dos trágicos sucesos: la matanza de los galileos por Pilatos y la muerte de los dieciocho de Jerusalén al desplomarse la torre de Siloé.

#### **1. Interpretar los signos de los tiempos.**

Entre los judíos era muy frecuente pensar que las catástrofes, enfermedades y desgracias personales eran un castigo de Dios por sus pecados. Las clases elevadas pensaban así porque ellos se creían los “bendecidos” por Dios, por su buena situación económica y porque todo les iba bien.

Jesús aprovecha la ocasión para rectificar tal modo de pensar. Los que murieron violentamente no fue porque ellos eran más o menos pecadores que los demás. Los acontecimientos históricos adversos no son un castigo de Dios. Hay que interpretar la historia de otra forma. Tales accidentes mortales no son una condena de las víctimas, sino una invitación urgente a la conversión de los supervivientes (v. 2 y 4) Son llamadas a la propia conversión. Todos necesitamos cambiar para recibir el Reino que está presente.

El Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes* 4, afirma que “es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio”.

#### **2. Parábola de la higuera estéril**

Para los profetas, la higuera se había convertido en símbolo de la infidelidad de Israel (ver: Jr 8, 13; Os 9, 10; Miq 7, 1). Y en los Evangelios sinópticos, la higuera es objeto de una solicitud paciente y amorosa, que no es correspondida (Mc 11, 12-14; Mt 21, 18-22).

### **3. Camino de conversión**

La Iglesia, sobre todo en Cuaresma, se une a este ruego de Jesús, para aprovechar este tiempo favorable, tiempo de salvación (2 Cor 6, 2), a favor de nuestra conversión.

### **4. Ayudarse y ayudar a caminar**

Un fruto visible de la conversión es emprender de nuevo nuestro camino con Jesús hacia Jerusalén, hacia el misterio pascual: muerte y resurrección. Rodeados como estamos de signos de muerte (guerras, abortos, odios, violencias, difamaciones, extorsiones, corrupciones...), hemos de colaborar con los signos de vida y de resurrección para que nosotros, junto con los demás, produzcamos en la Iglesia y la sociedad frutos para el Reino.

## **2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?**

Jesús deja la puerta abierta a la esperanza. El labrador (Jesús) suplica (al Padre) para la higuera (nosotros) un tiempo de espera y de confianza. El Señor está dispuesto a concederlo añorando los frutos tanto tiempo esperados.

Hacer penitencia significa asumir esta visión nueva para penetrar y entender los signos de los tiempos, lo que nos acontece cada día, para inaugurar los tiempos nuevos de Jesús, que ha puesto fin al pecado. La parábola nos muestra la paciencia y la misericordia del Padre, que espera que demos frutos de buenas obras.

Con nosotros mismos y con los demás, la receta es: paciencia y cultivo. Es decir, esperar contra toda esperanza que nuestra vida dará frutos y que los demás, a pesar de los signos negativos actuales, algún día también darán frutos.

## **3. ¿Qué le respondo al Señor?**

- quiero aprender de él a tener paciencia conmigo mismo y con los demás;
- quiero aprender a escuchar su voluntad, a descubrir los signos o señales que él quiera sugerirme;
- no quiero interpretar torcidamente la conducta del prójimo; no quiero juzgarlo ni culparle de nada; más bien, quiero comprenderlo.